

**PRIMERA CONFERENCIA**  
**LA NATURALEZA DEL CONFLICTO**  
**YUGOSLAVO**

## LA NATURALEZA DEL CONFLICTO YUGOSLAVO

Por MIGUEL ALONSO BAQUER

*General secretario permanente  
del Instituto Español de Estudios Estratégicos.*

Existe entre los europeos de Occidente una notable resistencia para que el conflicto que está ocupando la atención internacional en toda la extensión de la primera mitad de la última década del siglo xx sea denominado «guerra» y más precisamente aún, la «guerra de Yugoslavia». Y no debería ser así, porque nos encontramos frente al fenómeno de la secesión de Yugoslavia, cumplido a través del mecanismo de la guerra. Cuando decimos que hay guerra en Yugoslavia todo el mundo sabe de que cosa estamos hablando con mucha mayor aproximación que si dijéramos, al modo decimonónico, la cuestión de Oriente o el conflicto en los Balcanes.

Es un Estado moderno, —o mejor dicho, la estructura de poder que hemos llamado durante casi todo lo que llevamos de siglo Yugoslavia— lo que está en guerra. La «guerra de Yugoslavia», la del Estado que agrupa a una multitud de eslavos meridionales, nació, creció, se desarrolló ante nosotros y quizás esté a punto de fenecer como tal guerra, según y cómo le han ido ocurriendo cosas a ese Estado y no a ningún otro de los Estados existentes en los Balcanes ante de 1990.

La secesión del Estado yugoslavo no ha sido posible como una secesión, sin guerra. Tampoco se ha posibilitado una sucesión, sin guerra, del régimen anterior. Lo que hemos tenido es, claramente, una guerra atípica de secesión, o mejor aún, una típica guerra de secesiones sucesivas, que creíamos características sólo de las periferias de los imperios en la hora de su decadencia.

Lo acontecido hasta ahora, —verano de 1994— es que en un escenario concreto, —la parte central de la península de los Balcanes— unos grupos sociales determinados, —los serbios, los croatas, los eslovenos, los bosnios y quizás los macedonios y los montenegrinos— no encuentran, en el evidente riesgo de sus respectivas pretensiones políticas de plena soberanía, motivos suficientes para eludir unos comportamientos que desde tiempos inmemoriales se han considerado bélicos. Entre unos y otros, —nada diré sobre la escala de culpabilidades— han forjado una dialéctica de voluntades hostiles que agiganta conflictos de intereses y les sugiere una solución sangrienta. Ésta, —y no otra forma de conflictividad— es la situación (un estado de guerra), verdaderamente dada en torno a los servicios de Belgrado, a los croatas de Zagreb y a los bosnios de Sarajevo.

Ahora bien, por causa de esa notable resistencia al uso europeo de la palabra «guerra», esta «verdadera guerra», que cualquier observador honesto puede encontrar en la realidad social de Yugoslavia, cuando se ve sometida al análisis de los enterados, de los analistas o de los expertos está terminando por ser presentada como una lucha armada, espasmódica, ciega e insensata que nada o muy poco tiene que ver con una estructura de poder hoy inexistente, el Estado de la Yugoslavia de Tito. En definitiva, para aquellos escrupulosos usuarios del léxico ni hay allí guerra, porque nadie se la ha declarado a nadie, ni los sucesos se padecen en Yugoslavia, porque el Estado de Yugoslavia ha desaparecido. Los Balcanes para ellos, simplemente, es el espacio donde unas bandas paramilitares producen actos delictivos, no por razones políticas, es decir, por la quiebra de una estructura política, sino por ancestrales sentimientos étnicos (o religiosos), mejor aún que sociales (o económicos). La posible culpabilidad no está, pues, cerca en el tiempo (la política interior del régimen de Tito) sino en la noche de los tiempos (el cisma espiritual del año 1000).

### **Un conflicto radicalmente político**

La negativa a considerar que la naturaleza del conflicto yugoslavo sea una de las modalidades políticas del fenómeno «guerra» no está ayudando nada a su resolución. Mucho menos hubiera resuelto las cosas el salto, tan frecuente hace unas décadas de la atención hacia la realidad del fenómeno «revolución». Porque, evidentemente, lo que está ocurriendo allí nada tiene que ver con este otro conflicto mayor, en su día, el objetivo deseado y predilecto de los teóricos de la lucha de clases. El conflicto real-

mente dado en Yugoslavia es político de cabo a rabo y de ninguna manera, originariamente, es una revolución social. El protagonismo de los actores (principales o secundarios) se desarrolla dentro de los círculos de personas que aspiran a ser élites en el poder, —se entiende de los nuevos poderes— y de ninguna manera corresponde a las clases sociales ni a los sectores de la población, que es de donde han solido emerger los movimientos que llamamos en Europa revolucionarios, cuando nos consta que los activa una ideología marxista o leninista.

Y es que, pese a quien pese, el llamado fantasma de la guerra civil es todavía un fenómeno característico de nuestro tiempo, que se añade espontáneamente a determinadas realidades políticas (Estados) cuando se les está rompiendo por dentro el sentimiento básico de la solidaridad, (el patriotismo). Otra cosa bien diferente es que los juristas de todo el mundo, con la mejor de las intenciones apaciguadoras, prefieran reservar el concepto de «guerra» sólo para las situaciones de hecho, donde un Estado rompe las hostilidades formalmente, previa retirada de embajadores, frente a otro Estado, que también retira a sus diplomáticos.

En la indeseable perspectiva del estallido de guerras civiles en el seno de los Estados, nada hay que objetar al avance civilizador que supone la creencia, formulada en términos jurídicos, de que sólo los Estados pueden declararse en guerra. Este avance obliga, —y es bueno que obligue— a que las guerras civiles deban ser consideradas casos particulares de guerras entre dos momentos del Estado en crisis, —el momento de un Estado constituido y el momento de un Estado embrionario— que se disputan la sucesión de todo el poder sobre un mismo territorio dotado de fronteras precisas.

Y es que la situación que llamamos «estado de guerra civil» siempre aparecen en conflicto un modelo de Estado, (el vigente en el instante en que la guerra estalla) y un embrión de Estado, (el que aspira, primero, a la victoria y después, al reconocimiento de su capacidad de figurar en el elenco de los Estados soberanos). Ahora bien, en Yugoslavia, el parto previsible del Estado nuevo viene siendo anunciado por lo ginecólogos como un parto múltiple. Y esta irónica observación, en absoluto mitiga la naturaleza bélica de la conflictividad allí patente, sino que tiende a exagerarla.

La guerra de Yugoslavia es algo más complejo que esa guerra de «sucesión» en que deviene cualquiera de las guerras civiles mejor estudiadas. No se deja el conflicto bélico yugoslavo reducir a una lucha armada entre dos modelos de Estado, el viejo y el nuevo, ni a un enfrentamiento violento

entre los verdaderos yugoslavos y los pueblos de su vecindad en trance de segregación o «secesión». De hecho es una guerra que ha arrancado, en 1991, poniendo sobre la escena mundial un interrogante que, en apariencia, resulta ser una cuestión semántica. ¿Se le perfila como una guerra de «sucesión» o como una guerra de «secesión»? La respuesta al interrogante sigue sin estar clara para todos y tiene pocas posibilidades de ser clarificada. Pero, en mi opinión, la «guerra de Yugoslavia» empezó siendo una lucha por la sucesión de Tito y se ha transformado en una multitud de luchas por la secesión de Yugoslavia.

El historiador de la larga y azarosa contienda nos dirá que, por ahora, cabe opinar que sólo lo tendremos todo claro al final de las hostilidades. El problema semántico, —nos dice ya— sólo lo podremos resolver de manera definitiva cuando sepamos el nombre del vencedor. Poner su nombre a las guerras es el privilegio de los vencedores.

Quizás se le objete al historiador que lo mejor sería que en Yugoslavia no hubiera ni vencedores ni vencidos. Pero esta réplica es, exactamente, la réplica tanto propia de quienes niegan la realidad actual de la guerra, como propia de quienes han optado ya por entender la coyuntura como un mero conflicto de vecindades o de límites y no como una «verdadera guerra». El final de los conflictos debería llegar, a su juicio, negociando pacientemente nuevas líneas de demarcación entre los nuevos poderes que ya han sido legitimados por las Naciones Unidas. La cuestión (o crisis) de los Balcanes viene a ser, desde esta generalizada perspectiva, algo muy parecido a lo que ocurría en los tiempos del feudalismo. Cada serie de combates era sólo una crisis temporal del feudalismo. Cada serie de combates era sólo una crisis temporal en la que cada señorío (o feudo), —ahora procedería descalificarles a sus jefes al modo tan grato a los orientalistas llamándoles «señores de la guerra»— terminaba acatando una lejana autoridad simbólica, (por ejemplo, la del Sacro Romano Imperio Germánico de Occidente) cuando el agotamiento de la mayor parte de los señoríos (o feudos) les impedía seguir luchando.

Pues bien, a mi juicio, esta interpretación (en sus intenciones nada bélica) es profundamente vista, una interpretación que ayuda a la duración del estado de guerra. Pero no es la interpretación correcta. Lo esencial del conflicto bélico yugoslavo viene de un envenenamiento puramente político bastante reciente. Resulta, ahora, —un ahora que cubre la etapa 1918-1988, es decir, 70 años— que unos pueblos (casi todos eslavos), que habían obedecido durante un milenio, —logrando márgenes de autonomía

y salvando derechos fundamentales a su existencia— tanto al Imperio bizantino como a los imperialismos otomano, austríaco, zarista y soviético, ahora no pueden soportar, después de la muerte de Tito, la norma de convivir bajo autoridades más próximas que todas y cada una de aquellas a las que tradicionalmente obedecieron.

Quienes se supieron (durante diez siglos) periferias de lejanos poderes imperiales no aciertan a comprenderse (hoy) integrados en lo que tiene que ser una federación o confederación de pueblos ya liberados de los viejos Imperios. Alguien les ha enseñado que sólo deben acatar un poder si el llamado a mandarles viene a ser alguien tan cercano a su grupo (serbio, croata, bosnio, etc...) que haya de otorgarles todos los privilegios por ser ellos (el grupo serbio, croata, bosnio, etc...) los únicos poseedores de la afinidad de la que carecen los convecinos.

En Yugoslavia se ha dado un envenenamiento de contenido político; se ha sembrado una mala idea acerca de lo que es política y de lo que significa una constitución política. La política es un modo de resolver, sin la fuerza de las armas, el discurrir de las relaciones de mando y de obediencia. La mala idea de lo que es política conduce, bien a la sociedad desmandada del anarquismo, bien a la sociedad saturada de autoridades que se perpetúan en el poder. El envenenamiento con malas ideas ha hecho temporalmente inviable la «sólida solidaridad» que debería «consolidarse» entre todos los pueblos eslavos del mediodía europeo, bajo la forma ética de un nuevo patriotismo, el patriotismo yugoslavo. Y en su lugar, —en el lugar preparado para la siembra de un sentimiento patriótico— se han implantado, por sorpresa, unas series improvisadas de novísimos nacionalismos cuya nota común más patente es la simultánea xenofobia que se les está predicando desde las élites hacia las bases sociales.

### **Una típica guerra de secesiones sucesivas**

Estamos viviendo ya, —los yugoslavos están viviendo ahora en 1994— no una guerra dual de «sucesión», sino una guerra múltiple de «secesión». Tanto los arrogantes defensores de la Gran Serbia, como los defensores, todavía apocados, de la Gran Bosnia, tendrán que replegarse al unísono a unas fronteras no deseadas por ninguno de ellos. Todos van a sufrir en alguna medida su derrota en una guerra de «sucesión» y todos van a creerse parcos vencedores de alguna guerra de «secesión». La guerra por la sucesión de los poderes de Tito (que era lo único que se trataba de resol-

ver en 1989, el año del segundo centenario de la Revolución Francesa), se les ha convertido a todos en 1991 en la guerra de secesión de Yugoslavia. O mejor dicho, en alguna de las guerras de esta secesión. Pero todo lo que viene ocurriendo no podrá dejar de ser para los historiadores honestos otra cosa que una guerra a duras penas localizada, preferentemente sobre Bosnia, tanto más prolongada cuanto más se quiera consolidar el secesionismo de Yugoslavia y cuanto más se tarde en reanudar la siembra de un nuevo patriotismo yugoslavo.

Nadie querrá hablar en los libros de historia de una guerra civil clásica, sino atípica. La costumbre ha sido decir, —como dijeron en Norteamérica los vencedores de los sudistas confederados y como dicen en toda Europa los vencedores de todas y cada una de las frecuentes guerras civiles padecidas—, que sólo es guerra civil aquella capaz de salvar la unidad territorial de algún Estado preexistente. De hecho, según la historia, sólo son clásicas las guerras civiles que desembocan, operativamente, en la conquista del conjunto de todo el territorio en disputa, a favor de uno de los dos contendientes; precisamente del que supo yugular la secesión. Una guerra civil secesionista, —es decir, ganada por los secesionistas— es tanto menos clásica cuanto más secesiones produzca. En Iberoamérica cuajó para ellas el término de emancipación, mejor aún que el de liberación.

Otra cosa diferente es introducir la nota de incivilidad; porque esto puede hacerse con ambas modalidades de guerra civil, la clásica y la atípica. Las gentes que padecen del mal de una guerra civil, piensan de ella, con toda razón, que todas las guerras de esta naturaleza son ostentosa-mente inciviles. Pero se engañan en un solo punto, —no en la evidente crueldad de todas las luchas fratricidas. Los censores del belicismo civil o interno no suelen caer en la cuenta de que todas las guerras civiles se transforman, por definición, en guerras que hace la población civil, quizás para recuperar la confianza perdida en el poder político que venían soportando.

No es probable, pues, que se hable en la Yugoslavia fraccionada del año 2000 del hecho de haber padecido una guerra civil, por mucho que hayan sido civiles y no militares los protagonistas mayoritarios de la lucha. El conflicto yugoslavo, en su actual tendencia, se agotará cuando los dirigentes de unas tres o cuatro sociedades civiles emergentes asienten, a disgusto, sobre fragmentos de lo que fue territorio yugoslavo tres o cuatro Estados, internacionalmente reconocidos; pero todos ellos cargados de sectores contestatarios. Sólo entonces, las secesiones se habrán temporalmente

consumado. Y lo consumado será, a través de la «guerra de Yugoslavia», la «secesión» de Yugoslavia.

En las guerras civiles clásicas, —nada hay de clasicismo en la actual Yugoslavia— la pasión de los pueblos, (mejor sería decir la pasión de un pueblo), desborda las posibilidades de las dos contenciones tradicionales de los fenómenos bélicos que la historia de las guerras ha gustado cuidar: la del talento del jefe militar (cuando obtiene pronto la victoria y no abusa de ella) y la del carácter del dirigente político (cuando genera instituciones estables de gobierno). Y es triste reconocer, que en todas las guerras civiles se tarde un tiempo en encontrar al jefe militar de talento o al dirigente político de carácter. Consiguientemente, la subordinación de la sociedad en armas, hecha a favor del inteligente conductor de las operaciones o la disciplina popular, lograda en torno a los titulares del poder que acierten a abrir paso por vía diplomática a una alternativa prudente o negociada a la victoria militar, son fenómenos casi siempre tardíos.

Mientras faltan ambas cosas, —el talento del jefe y el carácter del político—, en las guerras civiles, la pasión del pueblo lo hace absolutamente todo a su modo. Viven las gentes la hora apasionante del armamento del pueblo, —una hora triste a todas luces y más triste aún cuando se sospecha que no debió de perderse tan deprisa la primera confianza en las virtualidades pacificadoras, tanto de la figura militar (subordinada al poder civil) como del titular del poder civil propiamente dicho, (en tanto representativo de la voluntad general).

Lo que tenemos los observadores del conflicto bélico yugoslavo ante los ojos, conforme se acerca 1995, son los dolorosos resultados de una pasión popular todavía desatada que, primero, se marginó de las resoluciones tácticas de los mandos militares de la vieja Yugoslavia y que, después, protestó contra el sentido de los propósitos políticos de los nuevos dirigentes de Serbia, Croacia y Bosnia, por no citar también a quienes, al parecer, se han podido poner, de momento, al abrigo de la crisis, —eslovenos, montenegrinos y macedonios.

La resolución del conflicto pasa por la urgente necesidad de ir anudando todo lo que se ha ido desatando al sustituir (o tolerar pasivamente) el relevo del proceso patriótico de regeneración de la Yugoslavia de Tito por los procesos (apasionadamente nacionalistas) de generación de novísimos Estados. Y es que la quiebra esencial desde la que se explica mejor el conflicto bélico yugoslavo, —la «guerra de Yugoslavia»— es la quiebra de un Estado que se llamaba Yugoslavia, una quiebra, —a mi juicio—, que

nadie tenía derecho a favorecer desde dentro o desde fuera de un Estado, que no era más artificial que la mayoría de los Estados existentes en la Europa vigente durante el período de entreguerras (1918-1939).

Una vez convertida en impracticable la solidaridad patriótica que debió fomentarse desde todos los ángulos en Yugoslavia, para mejor construir a Europa, nos hace falta ahora que los novísimos nacionalismos que se reparten la herencia del Estado de Tito, dejen de tener inquietas las agujas de sus brújulas. Todos tienen que encontrar su verdadero norte. Mientras no lo hagan esas agujas seguirán temblando, —y haciendo temblar a sus gentes. Pero, —y he aquí lo más irreversible— la paz hoy está condicionada ya al logro de un Estado nuevo para cada cual. Ese puñado de viejos nacionalistas sigue buscando, todavía en 1994, crear para Yugoslavia, —prefieren decir crear en los Balcanes— tanto Estados como pueblos sea posible movilizar para ejercer violencia con las armas en la mano.

La persistencia de esta situación nos lleva a los observadores del conflicto a concluir que en realidad se trata de un problema de hambre; pero no de hambre de alimentos sino de hambre de Estado. Lo que era inicialmente hambre de unas minorías es hoy un hambre generalizada de hacerse con poder. Lo que era lucha por las libertades, se ha convertido en lucha por las soberanías. Y es que sólo las reformas políticas que aparecen sanamente inspiradas por sentimientos patrióticos se detienen en el justo apetito de las bases sociales por disfrutar de la libertad. La revolución política que aspira a la conquista del Estado muy pronto se transforma en una revolución en beneficio único de los hambrientos de poder.

### **Los excesos autogestionarios y autodefensivos**

La patria yugoslava hasta 1989 venía presumiendo, falsamente desde luego, de haber realizado dos progresos modélicos para el entorno, uno de la política interior, —la autogestión— y otro de política exterior —la auto-defensa—; también conocida como defensa-defensiva o defensa no provocativa. El éxito propagandístico de ambas progresiones, fundamentado en la redacción de la Constitución política más cargada de artículos de la historia universal, fue más que notable entre nosotros, los españoles de la transición. Al mismo tiempo, la Yugoslavia de Tito, tercera fuerza en la pugna de la política internacional de los dos bloques, era sistemáticamente aplaudida en todas las universidades de Occidente por ambos hallazgos. Al parecer de muchos profesores, tanto la economía yugoslava como la

política de defensa yugoslava habían logrado ser, ejemplarmente, más populares que estatales en el sentido que la izquierda jacobina le dio en 1791 a las nociones de Pueblo y de Estado. El odioso colectivismo soviético, al parecer de las élites occidentales, había quedado corregido por las autonomías otorgadas por Tito y la amenaza militar ofensiva de la URSS, de modo genial, había quedado frenada por la preparación militar de la juventud yugoslava para la autodefensa.

La actual naturaleza del conflicto bélico yugoslavo no se percibe si el observador se niega a reconocer el grado en que Europa Occidental estuvo, recientemente, más que satisfecha con el modelo yugoslavo de modernidad. Ningún testimonio más claro que el ingenuamente ofrecido por Barry Buzan, del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos, en un libro inmediatamente traducido por Ediciones Ejército en 1991:

«Una política (la de Yugoslavia) con un componente importante de defensa-defensiva, ha logrado satisfacer con éxito sus necesidades de seguridad nacional... La imagen más pura de la defensa no provocativa, viene representada por un gran nivel de participación popular en la política de defensa, la cual da lugar a una defensa que no sólo se extiende por todo el territorio del Estado sino también por toda su Sociedad.»

Actualmente, —en el último semestre de 1994— todo el mundo hubiera preferido para Yugoslavia, en lugar de aquel «éxito estratégico», una Defensa Nacional que no se hubiera extendido tanto por todo el territorio del Estado y mucho menos por toda la Sociedad. La «guerra de Yugoslavia», por causa de este indeseable punto de partida de la obsesión por la seguridad, se ha convertido en una guerra popular y toda que contrasta dolorosamente con los rasgos de los conflictos de baja intensidad. No se deja circunscribir a los límites de una dialéctica controlada por los responsables de la dirección del Estado o por los encargados de la conducción de las operaciones. Y este salto cualitativo desde lo limitado hacia lo total, se debe a la doctrina de la autodefensa, es decir, a la teoría del armamento del pueblo que predicó Tito.

### **El «archipiélago» de Estados nuevos**

Hoy el único objetivo viable para los actores principales de la secesión del Estado yugoslavo en fragmentos soberanos consiste en levantar unas fronteras impenetrables o en excavar unos fosos profundos que le den a la

antigua Yugoslavia el aspecto de un archipiélago sin aguas territoriales. Lo están consiguiendo volando los puentes con dinamita y tomándose en serio hipotéticas líneas de demarcación para las novísimas nacionalidades recién fundadas.

Dos expresiones, —sólo dos— han dominado los discursos del resto del mundo a la hora de hacer algo por aminorar los daños de la población civil: la garantía internacional para ejecutar misiones humanitarias y la promesa de despliegue de unas fuerzas de interposición. Pero los «servicios humanitarios», de hecho, se vienen circunscribiendo a trazar sobre el terreno unos círculos densos de población, colocados bajo la protección de las Naciones Unidas y las «fuerzas de interposición», en la intención, parecen preconizadas, únicamente, a marcar las trazas de lo que acabarán siendo unas fronteras elásticas.

La comunidad internacional, —es así como se autodenominan los organismos multinacionales— aceptará la secesión yugoslava con tanto mayor entusiasmo cuanto más se aproxime a los límites interregionales que el régimen de Tito estableció para los mapas escolares. Pero estos límites ni siquiera sirven ahora de referencia para la construcción de los fosos que habrán de separar a los fragmentos del archipiélago resultante.

Lo correcto sería que Occidente siquiera impresionando a todas las minorías yugoslavas, sedientas y hambrientas de poder, en el sentido de darles a conocer unas netas preferencias para la reforma del Estado de Tito:

- Primera. Mantener «una sola» Yugoslavia, eso sí, celosa desde la fortaleza de un poder central del respeto a las minorías.
- Segunda. Tolerar el nacimiento de «dos antiguas yugoslavias», es decir, Serbia y Croacia, polarizadas hacia Belgrado y Zagreb, todavía más seriamente comprometidas ambas al citado respeto a las minorías.
- Tercera. Proscribir todos los intentos de fundación de «tres o más nuevas yugoslavias», tanto más absolutamente cuanto más quisieran éstas ser definidas por el peso predominante de sus tradiciones, —verbigracia— la tradición neobizantina y ortodoxa de la Gran Serbia, la tradición autrohúngara y católica de la Gran Croacia y la tradición otomano-islámica de la Gran Bosnia.

A la altura de 1994 todo el mundo sabe que, incluso la tercera y última preferencia, la menos deseable de las tres, se ha visto desbordada. No se ha acertado a alentar desde Occidente, simultáneamente en Belgrado, Zagreb y Sarajevo, hacia el ejercicio de una política de asimilación demo-

gráfica que en absoluto les debería sonar a nueva. Todos los antiguos Imperios, —el de Bizancio, el de Viena, el de Estambul y el de Kremlin—, que tuvieron incidencia sobre los Balcanes, habían dispuesto razonables políticas integracionistas. Belgrado, Zagreb y Sarajevo, contrariamente, han optado por la política de limpieza étnica, característica de los momentos fundacionales de los nacionalismos modernos, que no históricos o tradicionales. Volver a situar a las bases sociales, —no sólo a las élites del poder de Belgrado, Zagreb y Sarajevo—, en el contexto romántico de la generación de naciones nuevas era una imprudencia y era, también, la operación más arriesgada y más cargada de peligros entre todas las imaginables. Pero es lo que se ha hecho.

Los resultados están a la vista. Una posible descripción teórica, apenas ideológica y nada moralista, del conflicto bélico en los Balcanes sería aquella, —espectacularmente deportiva— en la que tres equipos contendientes compiten sobre un campo no demasiado grande. El equipo de Serbia debe defender la portería sita de Belgrado, el equipo de Croacia, la portería de Zagreb y el equipo de Bosnia la de Sarajevo. Pero esto no es todo. Lo más original de la situación no está en la trinidad de objetivos a defender. Lo curioso es que se toleran para el juego dos balones y se autorizan hasta tres árbitros, —uno ruso, otro alemán y el tercero francés. Además, queda sobreentendido que no habrá victoria hasta que uno sólo de los tres equipos haya derrotado por goleada a los otros dos.

De hecho, sólo uno de los tres equipos, el serbio, dispuso desde el principio de un margen de iniciativa para provocar el primer ataque. Era el único que tenía los peones desplegados en las proximidades de las porterías croata y bosnia. Por lo tanto, los equipos croata y bosnio estaban predeterminados a una defensiva cuyo primer alivio consistiría para los croatas, en que la lucha se hiciera junto a Sarajevo y para los bosnios, en que la lucha tuviera lugar junto a Zagreb. El mal menor, para ambos, consistía en que sólo entraran goles en la otra portería mejor que en la propia.

Los tres árbitros, durante buena parte de tiempo, daban la impresión de no saber a qué atenerse. Se limitaban a celebrar cónclaves entre ellos de donde se desprendía que lo más adecuado a sus intereses era llevar el juego de tal modo que no hubiera goles. Su papel, para evitar males mayores, se reducía a sacar tarjetas rojas o amarillas a los contendientes que se atrevían a disputar el balón número uno más cerca de Zagreb que de Belgrado o el balón número dos más lejos de Belgrado que de Sarajevo. Ningún balón debía jugarse en la inmediatez de las porterías.

Este tipo de arbitraje sólo puede servir para la prolongación del conflicto. Trata de generar una situación en la que nadie quede fuera de combate y en la que nadie gane demasiada libertad de acción. Los otros actores, —los equipos de Eslovenia, de Montenegro y de Macedonia— no están preconizados para otro espectáculo que la realización de ejercicios de calentamiento por las bandas. Los árbitros cuidan así de la localización del conflicto, además de hacerlo a través de bloqueos, embargos y limitaciones de empleo de las armas más pesadas.

### **Crisis, conflicto y guerra**

En las dos «guerras mundiales» los vencedores proclamaron que no había otra alternativa a la victoria propia que la rendición incondicional del enemigo. En la «guerra de Yugoslavia» es la victoria lo que no figura en ninguna alternativa. Aquí tampoco se conciente un armisticio por separado de quien se avenga al retorno, al punto de partida, —la reforma regeneradora de una «sola» Yugoslavia o la secesión controlada en «dos antiguas yugoslavias». Quien ha alcanzado ya un derecho político a la soberanía, aquí y ahora, se siente absolutamente obligado a defenderlo hasta la última gota de su sangre.

La naturaleza del conflicto bélico no deseado debe ser comprendida tras el análisis de los siete años preliminares al estallido de la situación, en lugar de pretender explicarlo todo con la búsqueda del primer ataque o primera agresión en fuerza. Los siete años que preceden a la Revolución Rusa de 1917, los siete que preceden a la quiebra española de la solidaridad de 1936, los siete que preceden a la derrota francesa de 1940, o italiana de 1944, o alemana de 1945, etc., nos dan la clave del fracaso histórico de esas concretas políticas de las clases dirigentes previamente instaladas en el poder de Rusia, España, Francia, Italia o Alemania. ¿Por qué no interpretar la gravedad del estallido yugoslavo en relación con las actitudes vividas por los mandatarios de Belgrado entre 1982 y 1989? ¿Por qué no admitir que hay una relación de causa a efecto en el comportamiento de unos políticos instalados en el poder que fueron incapaces de percibir las consecuencias de sus decisiones?

Yo pienso que el análisis crítico de los fatídicos siete años precursores de la tormenta yugoslava no se hace porque se prefiere volcar sobre los actores ya derrotados el peso de todas las culpas, cuando no porque se opta por las responsabilidades lejanas o ancestrales tales como la raza y la reli-

gión. Pero, aquí y ahora, me limito a señalar que esas operaciones de diversión nos dejan pésimamente colocados para el conocimiento de la naturaleza del conflicto yugoslavo verdaderamente abierto ante nosotros.

Lo que sí se ha clarificado es que entre 1991 y 1992 el partido con el balón número uno se jugó sobre terreno croata y que entre 1993 y 1994 se ha jugado en terreno bosnio. Nunca en terreno serbio. Lo cierto es que durante los meses finales de 1994 todos los árbitros —el ruso, el alemán y el francés— han actuado de nuevo obsesionados porque nunca se juegue, tampoco, en terrenos eslovenos, montenegrinos o macedonios. Y para este último logro se ha contado con la ayuda de un árbitro más, el norteamericano. Y el resultado ha sido la conversión semántica de la «guerra de Yugoslavia» en «guerra de Bosnia», donde la conflictividad emigra preferentemente hacia el Norte (Bihac) en lugar de hacerlo hacia el Sur (Kosovo), moviéndose en diagonal.

Y es que todos los Estados fuertes del entorno están de acuerdo en fechar en junio de 1991 el estallido de la crisis balcánica, —nunca dicen de la «guerra»—, cuando el día 25, 24 horas antes de la fecha prevista, Eslovenia y Croacia proclamaron su independencia.

La Comunidad Europea, —no procedía entonces escribir Unión Europea— vivió hasta fin de año una fase de titubeos, todavía a favor de la continuidad de una federación política para los eslavos del Sur. Fue la hora de los Acuerdos de Brioni, de la conferencia de paz en La Haya y de la sesión ministerial de la Unión Europea Occidental (UEO) en Londres. Todavía se aparentaba creer posible la creación de una débil confederación de repúblicas soberanas. Pero nadie cayó en la cuenta de que habría de tolerarse, para asegurar este objeto, la presencia de un ejecutivo fuerte en el centro del espacio, es decir, en Belgrado.

El 23 de diciembre ya tenemos nuevas repúblicas, estrechamente abrazadas con las tesis del más rancio nacionalismo decimonónico. Se trata de los Estados de Croacia, Bosnia-Herzegovina y Macedonia y, además, legitimados, como Eslovenia, por las Naciones Unidas.

La decisión de enviar *cascos azules*, (Fuerzas de Protección de las Naciones Unidas UNPROFOR), se tomó el 21 de febrero de 1992. Se pensaba, entonces, ante todo en la protección de Croacia. Fue la hora marcada para introducir, como elemento disuasorio frente a Serbia, hasta cinco expresiones «en escalada», todas ellas de carácter operativo y todas a cargo de soldados, de *cascos azules*, en absoluto, de observadores:

- Nivel 1. Operaciones de mantenimiento de la paz, a cargo de las Naciones Unidas.
- Nivel 2. Amenaza de escalada en los efectivos de los *cascos azules* todavía en el marco del puro mantenimiento del «alto el fuego», procurando, —y esto es lo esencial de la norma— no perder la calma merced a detalladas reglas de enfrentamientos.
- Nivel 3. Operaciones de contingencia en tiempos de paz, previo reconocimiento expreso del fracaso del «alto el fuego», ahora con nuevas reglas de enfrentamiento más enérgicas.
- Nivel 4. Amenaza de escalada en el ritmo de ejecución de operaciones de contingencia, ahora legitimadas por razón de la patente agresión de alguna de las Partes, con la inevitable ruptura de la neutralidad que ello supone para la comunidad internacional.
- Nivel 5. Operaciones de contrainsurgencia, donde ya se exhibe y se deja patente por parte de los *cascos azules*, la voluntad de luchar contra toda banda armada a la que se considere marginal al derecho internacional.

Los tres sobresaltos operativos «en escalada» previstos para la actuación de los *cascos azules*, —nivel 1, mantenimiento; nivel 3, contingencia y nivel 5, contrainsurgencia— han solido ser remitidos por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas hacia la retaguardia italiana de los *cascos azules* desplegados en el interior de Yugoslavia. La ocasional intervención militar se ha encomendado a las salidas de los aviones de la Alianza Atlántica en concepto de expediciones de castigo de muy corta duración siempre contra serbios.

El proceso de moderación de la «escalada» prometida, los veremos con más claridad cuando se reconsideren los textos de la «resolución conjunta», tomada en Zagreb el 8 de diciembre de 1991. Entonces, —y hoy esto nos parece ya un dato olvidado— se exigió a los croatas el levantamiento del cerco de los cuarteles serbios de su propio espacio territorial. Se hablaba de establecer bases para los *cascos azules*, de fijar zonas de población civil protegidas por la ONU y de desplegar, muy adelantados, a los *cascos azules* en zonas que deberían ser desmilitarizadas. Todavía se pensaba que cabía un arreglo global de la llamada «crisis» yugoslava. Es la postura que se reiterará por la ONU en la resolución 743 de 21 de febrero de 1992.

Todavía en el marco de las operaciones de mantenimiento de la paz (nivel 1), en junio de 1992 se da por aprobado el plan de despliegue de 13.500

hombres y queda decidido que, sobre la línea de demarcación serbio-croata, existan hasta cuatro áreas de protección. El nombre del aeropuerto de Sarajevo empieza a sonar en los teletipos como sede del núcleo esencial a cargo de UNPROFOR. El Consejo de Ministros extraordinario de la UEO, celebrado en Londres el 28 de agosto, cree decirlo todo cuando habla de la distribución de ayuda humanitaria, de la supervisión de las existencias de armas pesadas y del reforzamiento del embargo.

Pero en octubre del mismo año, —cuando Bosnia musulmana está llamando a las puertas de una nueva conflictividad— el léxico de las resoluciones números 779, 780 y 781 está detenido ya sobre el nivel 2: prohibición de vuelos militares, condenas a las violaciones del Derecho Humanitario y sanciones a los actos vandálicos de limpieza étnica. Todavía no se habla de «conflicto», sino de «crisis». Mucho menos de la palabra prohibida, «guerra». El único control de la «escalada» se ejerce dificultando la movilización efectiva de voluntarios, —podría haberseles llamado partisanos— fuera del espacio yugoslavo. Todo se reduce en términos operativos a evitar, —y se evita con éxito— la afluencia de simpatizantes armados de carácter miliciano desde las demás naciones balcánicas y, más eficazmente aún, desde las naciones mediterráneas e islámicas.

La comunidad internacional, —ésta es la expresión con la que evitamos el análisis por separado de las distintas posturas de Alemania, Francia y Rusia— sólo está de acuerdo en lo que concierne a la eliminación progresiva de las armas pesadas. Las comunidades yugoslavas en guerra quedan, pues, obligadas a una forma de conducción de operaciones militares, —las operaciones militares de la «guerra de Yugoslavia», no las operaciones de los *cascos azules*—, concebidas para el uso de armamento ligero e individual. Hay, pues, una voluntad de paz en la comunidad internacional, contenida en el nivel 2, que supone con razón que no hay la misma voluntad de paz en las comunidades yugoslavas, embriagadas éstas de nacionalismo y, por los tanto, instaladas de hecho más allá del nivel 5.

¿Crisis yugoslava?, —éste fue el léxico de 1992 en las Naciones Unidas.  
¿Conflicto en los Balcanes?, —ésta ha sido la forma de hablar entre 1993 y 1994 en el entorno de la UEO y entre los miembros del pilar europeo de la Alianza Atlántica. ¿Guerra de Yugoslavia?, —ése debería de ser el modo de denominar la realidad de las cosas.

No deberíamos, pues, seguir hablando del «conflicto» en los Balcanes sino empezar a hablar de una «guerra de Yugoslavia», que se encamina hacia una secesión inestable. Tenemos delante una guerra que pertenece a

Yugoslavia, que nació en ella y que en ella se desarrolla. Para que esta guerra decaiga, se agote o muera tiene que alumbrarse, en el seno de Yugoslavia, la solución política de los yugoslavos, que no es otra que la aceptación del relevo del Estado de Tito por otro modelo de Estado, todo lo unitario que se pueda lograr.

Reincidir en la calificación étnica o religiosa de los fragmentos del Estado que llamábamos Yugoslavia es confundirlo todo. El fatídico retorno ancestral a los fenómenos xenofóbicos con apoyo en la sangre, en la cultura o en la religión es, exactamente, lo que más envenena toda la conflictividad en curso y lo que mejor alimenta todas las conflictividades en proyecto. Cuando los hombres y las mujeres en peligro de muerte se agrupan con hermanos de raza o con hermanos de religión no lo hacen para seguir matando en nombre de la religión o de raza alguna, sino para sobrevivir en este mundo o para confiar en la ayuda de Dios. Ni la raza ni la religión están en los orígenes del conflicto de los Balcanes. Están, eso sí, en sus consecuencias.

La naturaleza del conflicto yugoslavo, —la naturaleza de la «guerra de Yugoslavia» es política. Viene de la quiebra de un Estado que, como el de Tito, alimentó excesos autogestionarios y autodefensivos y dejó abierta, al fracasar en la fundación paradisíaca de una sociedad sin clases, la nostalgia del paraíso perdido que nunca existió, —el paraíso nacionalista de las comunidades étnicas. Un paraíso que, —añadimos nosotros— ni existió en el pasado yugoslavo, ni debe existir en la posteridad para bien de todos los pueblos de Yugoslavia.

La quiebra del Estado de Tito no debió ocurrir, sino su reforma; ni debió alentarse desde Occidente otra cosa que la administración descentralizada del «Estado llamado Yugoslavia», antes y después de Tito. Yo no sé si sería posible la reforma sin «guerra» entre 1983 y 1990. Lo que sí que sé es que sin reforma ha habido y hay guerra. Y que la fijación sobre el mapa de los Balcanes del modelo que he llamado tipo «archipiélago», en absoluto, parecerá satisfactoria a nadie en la cercana fecha del año 2000.